

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Homilía

SANTA MISA CON LOS MIEMBROS DE LA COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL

Santa Misa con los miembros de la Comisión Teológica Internacional

1 de diciembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Las palabras del Señor que acabamos de escuchar en el pasaje evangélico son un desafío para nosotros, los teólogos; o quizá sería mejor decir una invitación a un examen de conciencia: ¿Qué es la Teología? ¿Qué somos nosotros, los teólogos? ¿Cómo hacer bien Teología? Hemos escuchado que el Señor alaba al Padre porque ha ocultado el gran misterio del Hijo, el misterio trinitario, el misterio cristológico, a los sabios y a los doctos —ellos no lo han reconocido—, y se lo ha revelado a los pequeños, a los *nèpioi*, a los que no son doctos, a los que no tienen mucha cultura. A ellos se les ha revelado este gran misterio.

Con estas palabras el Señor describe sencillamente un hecho de su vida; un hecho que comienza ya en tiempos de su nacimiento, cuando los Magos de Oriente preguntan a los competentes —los escribas y los exegetas— cuál es el lugar del nacimiento del Salvador, del Rey de Israel. Los escribas lo saben porque son grandes especialistas; pueden decir enseguida dónde va a nacer el Mesías: en Belén. Pero no se sienten invitados a ir; para ellos se queda en un conocimiento académico, que no afecta a su vida;

observar en todos los siglos. Sin embargo, hay una "clase" de pequeños que también son doctos. Al pie de la cruz está la Virgen María, la humilde esclava de Dios y la gran mujer iluminada por Dios. Y también está Juan, pescador del lago de Galilea, pero es el Juan que la Iglesia con razón denominará "el teólogo", porque realmente supo ver el misterio de Dios y anunciarlo: con ojo de águila entró en la luz inaccesible del misterio divino. Así, también después de su resurrección, el Señor, en el camino de Damasco, toca el corazón de Saulo, que es uno de los doctos que no ven. Él mismo, en la Primera Carta a Timoteo, se define ignorante en ese tiempo, a pesar de su ciencia. Pero el Resucitado lo toca: se queda ciego y, al mismo tiempo, se convierte realmente en vidente, comienza a ver. El gran docto se hace pequeño y precisamente por eso ve la necesidad de Dios que es sabiduría, sabiduría que supera todas las sabidurías humanas.

Podríamos seguir leyendo toda la historia de este modo. Hago sólo otra observación. Estos doctos sabios, *sofòì* y *sinetòì*, en la primera lectura aparecen de otro modo. Aquí *sofia* y *sinesis* son dones del Espíritu Santo que descienden sobre el Mesías, sobre Cristo. ¿Qué significa esto? Que hay dos usos de la razón y dos modos de ser sabios o pequeños. Hay un modo de usar la razón que es autónomo, que se pone por encima de Dios, en toda la gama de las ciencias, comenzando por las naturales, donde se universaliza un método adecuado para la investigación de la materia: en ese método Dios no entra y, por lo tanto, Dios no existe. Y así, al final, sucede también en Teología: se pesca en las aguas de la Sagrada Escritura con una red que permite coger sólo peces de una determinada medida, y todo lo que excede esa medida no entra en la red y, por lo tanto, no puede existir. De este modo, el gran misterio de Jesús, del Hijo que se hizo hombre, se reduce a un Jesús histórico: una figura trágica; un fantasma, sin carne ni hueso; un hombre que se quedó en el sepulcro, se corrompió y es realmente un muerto. El método sabe "atrapar" determinados peces, pero excluye el gran misterio, porque el hombre se pone a sí mismo como medida: tiene esa soberbia, que al mismo tiempo es una gran necesidad, porque absolutiza algunos métodos no adecuados para las grandes realidades; entra en el espíritu académico que hemos visto en los escribas, que responden a los Reyes magos: no me afecta, sigo encerrado en mi existencia, que no cambia. Es la especialización que ve todos los detalles, pero ya no ve la totalidad.

Y está el otro modo de usar la razón, de ser sabios: el del hombre que reconoce quién es: reconoce